

HISTORIA MÍNIMA DEL TEQUILA

José M. Murià



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

El agave gavierno	9
<i>Introducción inconveniente</i>	II
Agradecimientos	15
I. Procedencia y naturaleza	17
II. El procedimiento	27
III. Primeros pasos	35
IV. Consolidación	45
V. Avatares del “vino de mezcal”	55
VI. La liberación del tequila	65
VII. La organización territorial y las guerras	75
VIII. Por fin, la paz	85
IX. Crisis de principios de siglo pasado	97
X. Los <i>alteños</i> y la guerra	107
XI. Camino hacia la bonanza	117
XII. El tequila contemporáneo	127
XIII. Últimos avatares	141
Zonas con denominación de origen del tequila	165
<i>Bibliografía</i>	167

EL AGAVE GAVIERO

El tequila es una pálida llama que atraviesa los muros
y vuela sobre los tejados como alivio a la desesperanza.
El tequila no era para los hombres de mar
porque empañía los instrumentos de navegación
y no obedece a las tácitas órdenes del viento.
Pero el tequila, en cambio, es grato a quienes viajan en tren
y a quienes conducen las locomotoras, porque es fiel
y obcecado en su lealtad al paralelo delirio de los rieles
y a la fugaz acogida de las estaciones,
donde el tren se detiene para testimoniar
su inescrutable destino de errancia sujeta a leyes inapelables.
Hay árboles bajo cuya sombra es deleitoso beber
con la parsimonia de quien predicó en el viento
y otros árboles donde el tequila no soporta la umbría
que opaca sus poderes y en cuyas ramas se mece
una flor azul como el olor que anuncia los frascos de veneno.
Cuando el tequila agita sus banderas de orillas dentadas,
la batalla se detiene y los ejércitos tornan
al orden que se proponían imponer.
Dos escuderos lo acompañan a menudo: la sal y el limón.
Pero está listo siempre a entablar el diálogo
sin otro apoyo que su lustral transparencia.
En principio el tequila no conoce fronteras.
Pero hay climas que le son propicios
como hay horas que le pertenecen con sabia plenitud;
cuando llega la noche a establecer sus tiendas,
con el esplendor de un meridiano sin obligaciones.
En la más alta tiniebla de las dudas y perplejidades,
es entonces cuando el tequila nos brinda su lección consoladora,

su infalible gozo, su indulgencia sin reservas.
También hay manjares que exigen su presencia;
son aquellos que propició la tierra que lo vio nacer.
Inconcebible sería que no fraternizaran con certeza milenaria.
Romper ese pacto sería grave falta contra un dogma prescrito
para aliviar la escabrosa tarea de vivir.
Si "la ginebra sonríe como una niña muerta",
el tequila nos atisba con sus verdes ojos de prudente centinela.
El tequila no tiene historia, no hay anécdota
que confirme su nacimiento. Es así desde el principio
de los tiempos, porque es don de los dioses
y no suelen ellos tabular cuando conceden.
Éste es oficio de mortales, hijos del pánico y la costumbre.
Así es el tequila y así ha de acompañarnos
hasta el silencio del que nadie regresa.
Alabado sea, pues, hasta el final de nuestros días
y alabada su cotidiana diligencia para negar ese término.

Álvaro Mutis

INTRODUCCIÓN INCONVENIENTE

La institución que edita este libro, en la que me doctoré hace nomás 55 años, con la cual vivo permanentemente agradecido, tiene por norma recabar la opinión de al menos un par de académicos sobre la conveniencia de que aparezca en su sello editorial y, dado el caso, hacer algunas sugerencias pertinentes para mejorarlo que agradezco sobremanera. Propuso que hablara menos en primera persona y traté de hacerle caso, pero resulta que durante las últimas seis décadas el tequila ha formado parte a veces importante de mi vida y, en cierta medida, amigos míos y yo también lo hemos sido de la suya. De ahí que a veces me haya resultado imposible evitar el uso de la primera persona del singular.

Mediaban los años sesenta cuando un grupo de los pocos estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, nos reuníamos con frecuencia en un domicilio particular muy pertinente y, además de “arreglar el país”, evitábamos a los Beatles, entonces de gran moda, para dar paso a Chavela Vargas y, como correspondía, en vez de libar con el famoso ron mezclado con limón, sal y “refresco de cola”, era tequila “derecho” el que ingeríamos.

Debo aclarar que casi siempre era en cantidades medidas por dos razones: la primera es que siempre estábamos escasos de fondos y, la segunda, que al día siguiente todos teníamos cosas que hacer para ganar unos cuantos pesos.

Durante una corta temporada frecuenté también a la hermana menor de una compañera mayor, en su propia casa, tal y como

correspondía a la decencia de nuestra clase media de entonces: máximo hasta las diez de la noche y no todos los días.

Yo sentía que era bienvenido en dicha casa, pero una noche, al salir me encontré con el papá de la muchacha, que me esperaba junto a mi carcachita. El hombre fue al grano y sin preámbulo me dijo casi a la letra:

“Usted parece un buen chico, pero hemos averiguado que bebe tequila cuando se reúne con sus amigos y mi hija no se merece eso”.

Entendí que tenía que despedirme y lo hice con la mayor corrección posible, y entonces todavía me pidió, “de hombre a hombre”, que no comentara absolutamente con nadie esa conversación. Cumplí durante varias décadas

En realidad, era la primera experiencia directa que tenía del menosprecio que profesaba por el tequila la “gente bien” de Guadalajara, a pesar de los buenos pesos que la bebida le dejaba a Jalisco. Luego obtuve mucha más.

Yo seguí con mi bebida, al igual que la hermana mayor de la muchacha en cuestión, supongo que a espaldas del papá, y con el tiempo también la hija que tanto cuidaba éste se adhirió a los bebedores mesurados de tequila, pero ya del brazo de otro galán.

Unos diez años después de ir y volver de México, donde estudié el doctorado, acepté hacer un texto sobre el tequila ante la imperiosa necesidad de conseguir el dinero necesario para operar a mi hijo de la nariz y de la garganta. No era mucho lo que se pedía para hacer frente a disposiciones del presidente de la República, que ampliaba la zona amparada por la llamada “denominación de origen” a diez municipios del sur de Tamaulipas, de lo que se hablará oportunamente.

La única salvedad que establecí, pues no estaba en condiciones de ponerme mis moños, fue que en mi texto aparecerían mencionadas las empresas según las necesidades del mismo, pero a la postre éstas se agarraron del chongo porque unas eran mencionadas más que otras y algunas no aparecían ni una sola vez.

Finalmente, lo guardaron, y yo quedé con una copia al carbón, como se estilaba entonces, mas resultó que se la presté a un amigo confiable, y su fallecimiento súbito le impidió regresármela, de modo que la di por perdida.

Sin embargo, como no pocas ideas quedaron en mi memoria, éstas fueron plasmadas en una voluminosa obra sobre historia de Jalisco, que me tocó dirigir y se terminó en 1982. Fue cuando ya estaba en proceso de volver a la Ciudad de México, ahora para trabajar como director general durante casi ocho años, en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Uno de mis éxitos ahí fue convertir el tequila en un elemento importante en la vida cotidiana de la casa. Pero hubiera sido imposible sin contar con la complicidad inconmensurable del subsecretario del ramo, el embajador Alfonso de Rosenzweig-Díaz.

Cuando regresé a Guadalajara, al fin de la década, la causa del buen tequila ya era en verdad también mía. Pero ayudó sobremanera que Rogelio Luna Zamora terminó también en ese tiempo, su excelente tesis de maestría en El Colegio de Michoacán, titulada *La historia del tequila, de sus regiones y sus hombres*. Además, había sustraído de la Cámara Regional de la Industria Tequilera una copia de mi trabajo hecho tres lustros atrás, del cual había hecho muy buen uso.

La verdad es que me di cuenta de que mi texto era ya de poco valor, pero tenía información directa de la proporción de litros de tequila por kilo de agave que se obtenían en 1975, y resultó impresionante la comparación con los muchos que ahora declaraba la propia Cámara que producía con la misma cantidad de agave. Era el testimonio fehaciente de que la propia institución solapaba una enorme falsificación del producto.

El impacto que causó la difusión de dicho dato resultó muy grande y ayudó a que, al poco tiempo, por otras razones que en el texto se narran, el tequila se salvara de una decadencia de la que tal vez no hubiera logrado emerger y se abriera el camino hacia la buena calidad que, si bien no se ha conseguido del todo, se ha ga-